

Casi todos los que llegaron con él sucumbieron también muy en breve, y solo sanaron de sus muchas y graves heridas un corto número de soldados, entre los cuales se contaba Bernal Diaz del Castillo.

lla, «el capitán y la mayor parte de su gente». El capitán Hernandez de Córdoba murió en la isla de Cuba, en la villa de Sancti-Espiritus, donde tenía encomienda de indios.

CAPÍTULO XII

Entusiasmo que despierta en la isla de Cuba el descubrimiento de Yucatan.— Se instruye á los dos indios hechos prisioneros, en el castellano y en la religion, para que sirvan de intérpretes.— Nueva expedición á Yucatan.— Sale mandando la expedición D. Juan de Grijalva.— Desembarco en la isla de Cozumel.— Encuentran varias cruces.— Origen de ellas.— Grijalva encuentra la misma hostilidad que Córdoba.— Origen del nombre de Nueva España con que fué designado despues Méjico.— Rio de Grijalva.— Los españoles desembarcan en Tabasco.— Buena armonía entre sus habitantes y los españoles.— Rio de Banderas: excelente recepcion hecha á los españoles.— Grijalva llega á la isla de Sacrificios.— Origen de este nombre.— San Juan de Ulua: origen de su nombre.— Son bien recibidos los españoles por los mejicanos.— Dan noticias éstos al emperador Moctezuma de la llegada de los castellanos.— Presénte que envía Moctezuma á Grijalva.— Abandona éste las playas mejicanas antes de que tuviese noticia de ellos.— Lleva Pedro de Alvarado noticias á Velazquez de los nuevos descubrimientos.— Accion de Grijalva en el *Rio de las Canoas*.— Grijalva fué el primero que descubrió las playas mejicanas.— Buenas cualidades de él.— Velazquez dispone otra expedición para Yucatan y Ulua.— Elige á Hernan Cortés por general de la expedición.

El descubrimiento de Yucatan fué un acontecimiento importante. Las noticias referentes á la solidez de sus edificios, al traje de sus habitantes, al cultivo de sus campos y al oro, aunque poco y de corta ley, encontrado en los

templos, causaron indecible entusiasmo en la isla de Cuba, y todos anhelaban que se preparase otra expedición para ir en ella.

El gobernador D. Diego Velazquez no fué el que menos se alegró de aquel descubrimiento que podia ensanchar la esfera de su gobierno y extender su jurisdiccion.

Los españoles habian usado de las mayores consideraciones con los dos indios prisioneros hechos en el Cabo Catoche, y el leal proceder del capitan Hernandez de Córdoba, manifestándose generoso con ellos cuando esperaban ser tratados con severo rigor en venganza de la celada puesta por su cacique, causó en sus corazones un efecto profundo de gratitud.

El primer cuidado al llegar á Cuba fué instruirles en la religion católica y enseñarles el español, á fin de que pudiesen servir de intérpretes cuando otra expedicion saliese para las costas de Yucatan.

Diego Velazquez hizo que le presentasen aquellos dos indios que, como tengo dicho, fueron bautizados despues, uno con el nombre de Melchor y el otro de Julian. Llegados á su presencia, les hizo, por señas, varias preguntas respecto de las producciones del país, de las casas y de las ciudades. Las respuestas de los interrogados eran satisfactorias, pues hacian comprender que la tierra era vasta y fértil; hermosas y muchas las ciudades y sólidos los edificios. Velazquez les preguntó en seguida, mostrándoles algunas piezas de oro, si habia de aquel rico metal en su país, y la contestacion fué afirmativa, indicando que existia en notable abundancia.

Debe creerse que los indios se referian, no precisamen-

te á la península de Yucatan, que carecia absolutamente de minas de oro, sino á las ricas provincias sujetas al imperio mejicano.

Midiendo el gobernador Velazquez toda la importancia del nuevo descubrimiento, trató de llevar á cabo, por cuenta suya, la empresa emprendida por Hernandez de Córdoba.

La ocasion no podia presentársele ni mas lisonjera ni mas propicia. El entusiasmo de distinguidos caballeros por marchar á un país cuya descripcion habia hecho renacer todas las ilusiones que halagaron á los primeros soldados que siguieron á Colon, era indecible. Velazquez quiso aprovechar aquellos momentos de férvido entusiasmo, y publicó la jornada, invitando á que se alistasen para ella los que anhelasen tomar parte en la expedicion.

Aunque el superior en el gobierno de las islas era el almirante D. Diego Colon, Velazquez, sacudiendo una dependencia mas nominal que efectiva, quiso determinar por sí solo, y se entregó con afan al asunto que lisonjeaba sus esperanzas.

Poniendo en juego los poderosos resortes que siempre tiene á su disposicion el que gobierna, dispuso una flotilla, compuesta de cuatro bajeles, bien provistos de viveres y con la suficiente dotacion de marineros y entendidos pilotos. Comprado el armamento necesario y dispuesta la gente para salir, nombró general en jefe de la armada á D. Juan Grijalva, hombre de relevantes prendas y pariente suyo, y capitanes de los otros tres barcos, á los distinguidos oficiales D. Pedro de Alvarado, Alonso Dávila y D. Francisco de Montejo.

Las instrucciones dadas por el gobernador Velazquez á su pariente Grijalva fueron, que reconociese toda la costa; rescatase de los habitantes todo el oro que pudiese á cambio de las bagatelas que para ellos eran de mas alto valor; que se formase alguna colonia en caso de ser posible; pero que se regresase á la Habana si no se contaba con los suficientes medios para hacerlo.

1518. Recibidas las anteriores instrucciones por Expedicion de Grijalva á la costa de Yucatan. Grijalva, la flotilla se hizo á la vela el 5 de Abril de 1518. La fuerza de que se componia la expedicion, incluso los marineros, pilotos y oficiales, era de doscientos cincuenta hombres. En ella marchaba, sano ya de sus heridas, el pundonoroso Bernal Diaz del Castillo, que parecia nacido para vivir en el peligro y salir airoso de los mas comprometidos encuentros.

La isla de Cozumel. Desembarca Grijalva en ella. La escuadrilla tomó el rumbo mismo que habia llevado D. Francisco Hernandez de Córdoba; pero inclinándose luego al Sur, llegó á la isla de Cozumel, primer descubrimiento de este viaje. Grijalva saltó á tierra con parte de su gente sin ser molestado, pues los habitantes habian huido á los montes. Llamó la atencion de los españoles la solidez de las casas, y la bella construccion de algunos templos, todos de cal y piedra. Descollaba entre los últimos, uno de forma piramidal, cercado de muro, dejando ver en el espacioso átrio inferior, una cruz de piedra de tres varas de alto, perfectamente labrada.

Encuentran varias cruces en Yucatan. La vista de aquella cruz y de otras muchas que despues encontraron en la península de Yucatan, ha dado lugar á que muchos supon-

gan que el apóstol Santo Tomás llegó á predicar el Evangelio en aquellos remotos países. Otros escritores sospechan que en 1517 llegó el adelantado D. Francisco Montejo á un punto distante catorce leguas de Mérida, y que los habitantes, cuando se alejaron los españoles á quienes tenian por seres celestiales, adoptaron la cruz entre sus divinidades. Pero ninguna de las suposiciones hechas respecto del origen del signo de la cruz en Yucatan, descansa en base persuasiva, y la duda viene á quedar en pié. Si permitido me fuese discurrir en el vasto campo de las simples conjeturas, me aventuraria á emitir mi opinion, respecto de la manera con que, en mi concepto, pudo ser planteada la cruz en aquella parte del Nuevo Mundo, única de la América en que llegó á encontrarse.

Una conjetura mas sobre el origen de la cruz en Yucatan. Ocupada la isla de Cuba por Velazquez desde 1511, los indios abrazaron el catolicismo inmediatamente. Varias sublevaciones promovidas por los caciques y combatidas por los españoles, obligaron á muchos indios á emigrar de la isla; pero es lógico suponer que no emigrarian á países donde dominasen los europeos. Siendo, pues, imposible que se dirigiesen á Santo Domingo, fácil seria que vagando en sus canoas por el mar, fuesen arrastrados por las corrientes hácia Cozumel ó cualquiera otro punto de la costa de Yucatan. Admitidos entre sus habitantes y siguiendo la adoracion de la cruz de la nueva religion de que apenas tendrian nociones, fácil seria que la hubiesen adoptado los habitantes oyendo los prodigios que se contaban de ella, y colocándola entre sus divinidades, sin saber ni aun lo que simbolizaba.

No pasa, lo que acabo de exponer, de una simple conjetura que he creído encierra alguna verosimilitud. De todas maneras, el hecho es que la cruz figuraba en la religion de varias tribus de la península de Yucatan, y que representaba al *Dios de la lluvia*.

Grijalva Grijalva, despues de haber examinado los
encuentra la templos y casas de la isla de Cozumel, vol-
misma vió á embarcarse, y siguió navegando con
hostilidad que viento favorable. Admirando la belleza del
Córdoba. paisaje, pasó el continente, y costeó la península de Yucatan, tocando en los mismos sitios que Hernandez de Córdoba, y encontrando en sus habitantes la misma hostilidad que su antecesor.

La vista de los templos y de los edificios particulares hechos de cal y piedra; el cultivo de los campos y el fino tejido de las telas de algodón, de que se hacian los caciques sus mantos, llamaron fuertemente la atención de Grijalva y de sus capitanes, pues cuanto veian en derredor argüia una civilización y adelantos no despreciables, muy especialmente en la arquitectura.

Despues de haber tocado en Champoton y desbaratar los numerosos escuadrones de indios que salieron á combatir, dió la vuelta del Poniente, marchando siempre á conveniente distancia de la tierra, pero mirándola constantemente.

Origen La costa se dilataba pintoresca y risueña,
del nombre de ostentando agradables poblaciones con edifi-
Nueva-España cios de piedra de mayor perfeccion aun que
dado los anteriores. Cuanto mas se avanzaba, exa-
á Méjico. minando la costa, tanto mas aparecia poblada y cultivada.

Regocijados los soldados al descubrir aquella série de alegres poblaciones, de blanqueadas casas y de templos cuyas torres se elevaban majestuosas, se entregaron á los dulces recuerdos de la patria. Uno de ellos, henchido de entusiasmo, exclamó que aquella tierra se parecia á España. La idea fué acogida con aplauso por todos, y bastó para que á la península, lo mismo que á las vastas regiones gobernadas por el emperador de Méjico, se les diese el nombre de Nueva España.

Grijalva deseaba vivamente encontrar un rio donde poder entrar con sus bajeles para reconocer detenidamente el país, que á cada instante se presentaba mas interesante y cultivado. Siguiendo la costa, encontró al fin uno que derramaba sus aguas, dividido en dos embocaduras, en el Golfo Mejicano. Púsosele el nombre de *Rio de Grijalva*; pero es mas conocido con el de *Rio de Tabasco*, por bañar su corriente la provincia de este nombre, situada entre Yucatan y Guazacualco.

Reconociendo el fondo con la sonda, Grijalva penetró por la embocadura que se encontró navegable, admirando las hermosas arboledas que embellecian el paisaje que se describía ante sus ojos. Cuando ya iba venciendo el impulso de la corriente y se hallaba bien entrado en el rio, vió presentarse á distancia corta, un número considerable de canoas, cubiertas de guerreros indios, dispuestos á disputarle el paso y á impedir que saltase en tierra.

La actitud hostil y los alaridos de guerra lanzados por los valerosos indios, no intimidaron á los españoles, que continuaron avanzando hasta ponerse en disposición de echar á pique sus canoas y desbaratarlos. Pero Grijalva

habia mandado que ninguno de los suyos disparase ni hiciese demostracion ninguna que no fuese pacífica. La serenidad de los castellanos y la manera pacífica con que se presentaban, no obstante la provocacion de guerra dirigida contra ellos, llenó de admiracion á los indios, no menos que el traje, la barba, el aire y el aspecto de los españoles. El asombro sucedió á los alaridos de guerra lanzados poco antes, al ver á un corto número de hombres penetrar, serenos, en un país poblado que se les manifestaba hostil, y no acertaron á salir de su asombro.

Los españoles desembarcan en Tabasco. Grijalva se aprovechó de aquellos instantes de estupor para saltar á tierra con su gente. Formada ésta convenientemente, enarboló el estandarte real, tremolándolo á los cuatro vientos, y con la solemnidad que era de costumbre, tomó posesion de la tierra en nombre del rey de España.

Los indios, armados de lanzas, arco, flechas, espada y honda, ostentando vistosos penachos, y abrazando el escudo, miraban la ceremonia á distancia conveniente, siempre en actitud de emprender la lucha. Grijalva, deseando manifestarles que iba de paz, les hizo señas para que se acercasen, y por medio de los indios Julian y Melchor, que llevaba de intérpretes, llegó á persuadirles de que nada se intentaba contra el país ni sus habitantes. Manifestando el objeto pacífico de su visita, les regaló algunas sartas de vidrios, que estimaron en mucho, y les indicó su deseo de hablar con el principal cacique. Al siguiente dia se presentó el señor de aquella tierra á Grijalva, llevándole algunos regalos y anhelando saber si debía prepararse á la guerra ó

si se le iba á brindar con la amistad y la paz. El jefe español encontró en el razonamiento del cacique, en su dignidad, en su traje y en su claro discurso, indudables señales de una civilizacion muy superior á la de los caciques de la isla de Santo Domingo y Cuba. Grijalva, despues de asegurarle, por medio de los intérpretes Julian y Melchor, de sus pacíficas intenciones, correspondió á los regalos del cacique con algunos objetos vistosos, que agradeció altamente el obsequiado. Tranquilos los indios con las seguridades de amistad de los españoles, se entregaron á cambiar algunos adornos de oro, de poco valor, por abalorios, cascabeles y cuentas de vidrio.

El cacique repitió la visita al siguiente dia, y presentó á Grijalva algunas joyas de oro, figurando ánades y lagartijas, tres collares de cuentas vaciadas, y algunas otras piecitas de oro, cuyo valor no ascenderia á doscientos duros (1).

Al regalo del señor de Tabasco, correspondió el jefe español con otro que pudiera agradarle, y ambos se prometieron una amistad franca.

Rio de Banderas. Excelente recepcion hecha á los españoles. Viendo los españoles las joyas de oro presentadas, preguntaron á los indios por el lugar en que habia aquel metal, y contestaron,

(1) Prescott, siguiendo á Gómara, da á este regalo un valor que realmente no tenia. «Cambiáronse—dice—algunos presentes, y los españoles tuvieron la satisfaccion de recibir, por despreciables baratijas, un rico tesoro de joyas, adornos de oro y vasijas de las mas caprichosas formas y artificio». Gómara, que adolecia, como le echa en cara Bernal Diaz, del defecto de exagerar, dice que el valor de las piezas de oro ascenderia de «quince á veinte mil pesos». Bernal Diaz, testigo ocular, asegura que los objetos de oro «no valian doscientos pesos.»